

la resolución que he tomado. ¡Sí, los infernos se hundirán antes que sufráis el yugo; y ÉL, el que en otro tiempo sacó del caos al universo, destruirá á sus propias criaturas, antes que yo le ceda mi poder sobre ellas! ¡Que envíe, si quiere millares, de Mesías, que venga en persona, si á tanto se atreve, para rescatar á los hijos de Adán; nos burlaremos de su poder, y seremos como hasta aquí invencibles divinidades! ¿Mas qué tenemos que temer? ¿Ese á quien llaman su hijo, no ha salido de las entrañas de una muger mortal que ha de ser presa de la muerte? Y sin embargo, ¡oh infamia eterna! ¡Ferozoso es que los príncipes del Averno lo sepan! ¡A la voz de ese impostor, muchos de entre vosotros han huido de los cuerpos que yo les habia encargado madurasen para nuestro reino! ¡Cobardes, miserables: postraos en el polvo! A ese Jesus á quien tanto habeis temido, yo le he visto! Mi valor sabrá vencerlo, si valor hay en castigar á un mortal visionario que sobre la tierra se diviniza.»

Así habló Satan, y las cicatrices que el rayo imprimió en su frente, se hincharon y enrojecieron; veíase en su fisonomía qué horribles dolores le atormentaban, y sin embargo la mentira y la blasfemia continuaron brotando de sus labios:

« Antiguas tradiciones, todos vosotros lo sabeis, lisonjean desde tiempo inmemorial al pueblo de Israel con sueños de gloria y de prosperidad; y

ciertamente entre todos los pueblos de la tierra el mas visionario es el Hebreo. Prométele esa antigua tradición un Salvador que le libertará del yugo de sus enemigos y que de su país pequeño, sembrado de rocas y pobre, hará el mas poderoso imperio de la tierra. No se os habrá olvidado el día en que supimos que algunos ángeles se habian reunido sobre el monte Tabor⁴ clamando. « ¡Jesus! ¡Jesus! » y que á ese nombre los cedros y los palmeros inclinaron las erguidas copas. Dijéronnos tambien que al salir de aquella reunion, Gabriel, henchido de orgullo, habia ido á la morada de una Israelita á anunciarle que de ella naceria un rey, cuyo poder seria eterno, y á quien debia ponerle por nombre Jesus. Yo quise ser testigo del nacimiento de ese prodigio, imaginando que al salir de las entrañas de María, habia de crecer mas rápido que el pensamiento; que uno de sus pies cubriría la tierra y el otro el océano; que con la diestra empuñaría el sol, y en la siniestra mano llevaría el lucero de la mañana. Miralo, me dije á mí mismo, ya viene en alas de la tempestad; irresistible como el rayo va á herirte, va á aniquilarte! ¡Huye, Satan, huye antes

⁴ Ese monte, en que el Evangelio nos dice que tuvo lugar la transfiguración del Señor, está situado en Galilea en los llanos de Ezdrelon, y en su cima coronada de Olivos y sicomoros hay una vasta llanura cubierta de trigo salvaje. — T. F.

que te reduzca á cenizas!... Pero lo que ví fué á una miserable criatura que, como todas las del linage humano dió la primera señal de vida llorando la desdicha de nacer. Cierito es que un coro de Angeles cantó en torno de su cuna; pero los Angeles bajan con frecuencia á la tierra olvidando que el antiguo Eden se ha convertido en un vasto cementerio; y cuando el aspecto fúnebre de las tumbas se lo recuerda huyen al cielo, cubriéndose con largos velos de luto. Así, abandonaron la cuna de Jesus, y el niño desapareció de la Judea. No permitiéndome mi dignidad seguir las huellas de tan debil enemigo; por pasar el tiempo hice degollar algunos millares de criaturas que mamaban; y al aspecto de su sangre cuya corriente aumentaron las lágrimas de sus desesperadas madres los Infernos se alborozaron. ¿Me oyes, Herodes? — Habla. — ¿No soy yo quien te sugirió la idea de la degollacion de los inocentes? ¿Quiso ó pudo Jehova salvar una sola de las purísimas víctimas? ¿No estás tu mismo entre nosotros dando testimonio de mi omnipotencia con tus gemidos? — Cuando murió ese Rey mi esclavo, regresó de Egipto el profugo niño. Los primeros años de la juventud los ha pasado en las faldas de su madre: la noble audacia, el ardor indomable que inclinan el ánimo á las grandes acciones le fueron enteramente desconocidos. No pudiendo creer tanta nulidad en aquel

que los cielos anunciaron con tal enfasis, pregunté á los bosques del Líbano, á las desiertas playas del mar Muerto, si no les habia confiado algun proyecto contra el infierno y sus príncipes; y la Judea entera me respondió que siempre le habia visto abstraído en la contemplacion de las flores y de las estrellas, ó rodeado de niños y cantando con ellos himnos de alabanza á Jehová. Consumiera el tedio á vuestro Rey, ó mis elegidos, si entre tanto no hallará camino de detener á algunas almas en su aspiracion al cielo, enviándolas aquí á que aumentaran vuestra corte. Un dia, sin embargo, un dia en que Jesus erraba solitario á orillas del Jordán, llegué á creer por un instante, que iba á hacerse digno de llamar mi atencion, porque una celeste aureola le rodeaba. Y no creais que fuese una ilusion, no: sus rayos luminosos yo los ví, yo con mis ojos inmortales, bajar de las etereas regiones, de que en otros tiempos fuimos moradores; y el leve rumor de su rozamiento repetia en mis oidos con el canto de los Serafines el sonido del arpa que los acompaña. Imposible me fué conocer si brillaba aquella aureola para glorificar al hijo de la tierra, ó si era una astucia de Jehová para intimidar á los Espíritus valerosos que han osado sacudir su yugo. Retumbó el trueno y en medio de sus bramidos oí una voz que decia:

« Este es mi hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad ».

« Estas palabras pronunció sin duda Eloa ó algun otro de los esclavos de Jehová; porque *su voz*, la de ÉL, es mas imponente, mas terrible... Bien lo sabeis, pues la escuchasteis cuando nos precipitó en el abismo... Olvidábaseme deciros que el supuesto Salvador fué anunciado por un selvático profeta, que morador del desierto á donde su odio á los hombres le habia arrojado, les gritaba desde las altas rocas á través de las cuales le lanzaba el mas sombrío de los espíritus proféticos: *Ved aquí venir al cordero de Dios encargado de la remision de todos los pecados del mundo. ¡O tú que eres tan antiguo como la eternidad, yo te saludo. En tu seno que es la plenitud de la misericordia, recibimos todos y gracia por gracia. Moises nos ha hecho conocer la ley: mas por el unguento del Señor nos son enviados el amor y la verdad* ». ¿Qué pensais de esta profecía? ¿No es así

¹ Evangelio segun San Mateo. cap. XVII, v. 5. Refiérese en el mismo lugar que Pedro, Juan y Santiago fueron con Jesus á un parage apartado donde el Salvador se le apareció repentinamente bajo una forma resplandeciente; que las palabras dichas salieron de una nube; que los discípulos aterrorizados se prostraron; y que Jesus recorriendo su acostumbrada forma se tranquilizó, y continuó su camino con ellos. A esta transfiguración alude el autor. — T. F.

² Estas palabras son una imitación de la profecía del Bautista que refiere el Evangelio de San Juan en su capítulo 6; pero Satan en vez

como hablan los locos cuando repiten las ilusiones que á intervalos producen engañosa claridad en las tinieblas de sus espíritus? ¿Se cree que somos incapaces los príncipes de los infiernos, de penetrar el misterio de los cielos? ¿Al Mesías que en otro tiempo combatió contra nosotros cubierto con una invulnerable armadura, piensan ocultárnosle bajo una forma que podemos aniquilar como á nuestro capricho convenga? — Y sin embargo el átomo que anima á esa forma deleznable cree ser algo: despierta á los enfermos dormidos y en seguida dice: *Ved lo he resucitado*. Aun ese no es mas que un preliminar de sus engaños, porque sostiene que él ha venido á rescatar al género humano de la servidumbre en que le tienen el pecado y la muerte! — Sí ¡del pecado que nace con el hombre y crece con él y sin cesar se rebela contra el yugo ominoso al cual quiere en vano ligarle el deber; de la muerte, de la mas fiel de nuestras aliadas, que á una seña que le hagamos, destruye generaciones enteras! La audacia de ese hombre ha llegado hasta decir que os rescatará á nosotras todas,

de citarlas literalmente las altera y oscurece con el objeto de reanimar el valor de sus secuaces presentándoles al precursor del Mesías bajo un aspecto ridículo. Ha debido notarse que el impío no se digna nombrar siquiera al hombre por Dios escogido para anunciar á su hijo; y que para designarlo se vale del injurioso epíteto de *Profeta salvaje* que se le aplica.

almas sombrías que os contais en el número de mis vasallos, á vosotras que yo he ido á buscar al través de la creacion para poblar mi imperio, como las olas del mar depositan en sus orillas los granos de arena que han arrancado á las mas remotas playas. — Y vosotros, antiguos esclavos de Jehová que tan caramente habeis comprado vuestra libertad ¿ireis á humillaros en el polvo ante el Hombre Dios? ¿Lo que la omnipotencia de los cielos no pudo recabar de nosotros, nos lo arrancaria *Él*, amasado como lo está con los viles elementos sujetos á la destruccion? Hijo de María: tú has de penetrar, dicen, en la noche del eterno abismo, tú has de extinguir las llamas de la condenacion, tú has de romper mi cetro... ¡Piensa en tí mismo, temerario! Antes de resucitar los muertos, sacude las cadenas del angel exterminador! Ya su cuchilla pende sobre tu cabeza, y va á herirte á tí que has osado disputarle la presa que yo arrojé en su camino! Sí, vas á caer sin vida sobre el polvo que se arremolina bajo la planta del mas terrible de mis servidores; y entonces á tus ojos ya sin vista yo les diré: mirad, los muertos se levantan; y á tus oidos que no oirán: Escuchad, los muertos entonan el canto de la resurreccion; y el huracan al llevarse tu alma le dirá: ¡Adelante! ¡Adelante! Las puertas de los abismos están ansiando abrirse ante tí, sus príncipes te han preparado una entra-

da triunfal. — Si Jehová no se lleva en este mismo instante al cielo, á la tierra y á sus habitantes, sucederá lo que acabo de deciros. Sí; morirá Jesus, y á la vista de las celestiales cohortes, esparciré sus cenizas por el camino del infierno. Así se venga Satan. »

Dijo el príncipe de las tinieblas; respondióle el Averno con ahullidos de alegría, que estremecieron las sepulcrales bóvedas de Jerusalem, y la tempestad que á ellas los llevara impelió tambien hasta las plantas del Mesías á una hoja seca. A ella se habia pegado un miserable insecto que iba á espirar; volvióle el Hombre Dios la vida con una mirada, y esa misma llenó de terror y espanto al alma de Satan. En aquel instante, trémulo y sin voz sobre su trono de bronce el Rey de las tinieblas, veia en cada uno de los príncipes infernales en torno suyo colocados, una enorme montaña que vacilando sobre su cabeza, iba á sepultarle bajo sus ruinas.

Abdiel-Abbadona, obedeciendo por necesidad á las órdenes de su soberano, se hallaba entonces como todos los demas habitantes de la region de las torturas, vecino al trono de la iniquidad. Sin cesar preocupado en sombríos pensamientos, busca siempre la soledad. Horrorízale el porvenir, solo halla remordimientos en lo pasado y la pena agudísima con que recuerda el tiempo feliz en que

le era lícito llamarse amigo y hermano del otro Abdiel, serafin que se conserva digno de su destino sublime, servia de complemento á sus angustias.

En el terrible dia de la rebelion de los Angeles, Abdiel fué quien primero se colocó á la derecha del Eterno; á su sombra, Abbadona que de lejos le seguia, era invisible para los rebeldes, y ya iba á verse enteramente al abrigo de sus seducciones, cuando inesperadamente hirieron sus oidos el estrépito del carro de Satan, y los belicosos gritos de sus escuadras. La idea de un gran peligro inflamó su corazon heróico; la esperanza de llegar á verse Deidad independiente sedujo á su espíritu inflamable. En vano su celeste amigo le suplicó que le siguiese; sordo á la voz de la amistad, ardiendo en sed de gloria, ebrio de orgullo, se unió á las filas rebeldes, ¡ingrato! él, un serafin, que debia la vida á una sonrisa del Eterno, sonrisa que engendró dos Angeles en un mismo instante. Al lanzarse de su azulada cuna que las purpurinas alas de la mañana, mecian muellemente en el seno de lo infinito, miráronse los dos celestes gemelos en éstasis gozoso, enlazaron sus brazos; al mismo tiempo se postraron ante el trono del Eterno, los serafines, desde lo alto de sus argentadas nubes, los saludaron con el dulce nombre de hermanos; y el creador alzando el velo uqe le oculta ante los dos

recien nacidos, los bendijo, dándoles á entrambos el nombre de Abdiel.

El recuerdo de lo pasado no se aparta jamás del pensamiento de Abbadona, doblándole los tormentos de su condenacion; y el nuevo crimen que Satan acaba de proponer á sus vasallos, le estremece de horror. Resuelto á protestar contra él, sus labios se agitan, y por tres veces sale de su angustiado pecho, en vez de las palabras, un profundo y largo suspiro. Tal gime en el campo de batalla un guerrero mal herido, volviendo por última vez la moribunda vista á sus vencedores, en otro tiempo sus amigos y hermanos, á quienes, arrastrado por su culpable ambicion fué traidor el malaventurado. Sin embargo el Angel rebelde se alienta y halla fuerzas en sí mismo para explicar su pensamiento.

« Cuantos os hallais presentes me sereis eternamente contrarios: lo sé y no me importa: quiero hablar. ¡Yo te odio, Satan, mas que á mí mismo me aborrezco! ¡Reclame eternamente de tí el Creador, mi espíritu inmortal que tú apartaste de él; reclámeme todos los de los infelices que conmigo has perdido! ¡Lance la voz del trueno desde la inmensa altura de las regiones celestes, terrible anatema al fondo del abismo! Respándanle los bramidos del océano de la muerte: ¡Maldicion! ¡maldicion! ¡maldicion! ¡Húndante sus negras olas antes que

puedas realizar el mayor, el último de tus crímenes, la muerte del Mesías! Oíganme el cielo y el infierno: ¡Yo protesto contra ese horrible proyecto! Miserable Satan: ¿el rayo vengador no ha surcado aun bastante profundamente tu frente maldita? ¿Osarías creer que no es ya poderoso el Eterno á domarnos á nosotros espíritus maléficós que sin cesar arrastramos á la morada de la eterna muerte á los humanos que fueron creados para la inmortalidad? ¡Ah! no nos arrebatas así la esperanza de algun ligero alivio á nuestros males. ¡Oh Satan, cuya vista basta para hacerme insoportables los tormentos de mi condenacion: Yo te lo predigo, una sola mirada del Mesías te hundirá para siempre en el fondo de la region de las torturas cargado de nuevas maldiciones y cubierto de infamia.»

Cuando hubo dicho Abbadona, el monarca infernal ardiendo en ira alzó la mano para arrojarle una de las montañas de bronce que rodean su trono: mas, paralizado por la rabia misma, cayósele el brazo, y un sordo gemido se escapó de su pecho. Entonces Adramelec, orgulloso al ver la impotente cólera de Satan, que le permite tomar la palabra en lugar suyo.

«Cobarde, esclama, pueda mi voz llegar al través de la mas negra de nuestras nubes, hasta á tí, que desde el fondo del poivo en que yaces te atreves á insultar á Satan y á mí que soy su igual. Si es

verdad que sufres, vil esclavo, será porque el miedo te atormenta. Huye de las regiones indomables abandonadas á los príncipes y á los genios que te trataban como á hermano; ve á buscar un refugio en el vacío, y que Jehová te forme en él un reino consagrado á las necias lamentaciones del arrepentimiento. Allí se pasará tu vida inmortal de una manera digna de tu magnánimo corazón. ¡Ve pues, ve, te digo, á postrarte á los pies del Dios á quien en otro tiempo combatiste, porque entonces sentias que eras un Dios como él!... ¡Ven, Satan! ven y que el brillante triunfo que vamos á obtener sobre la tierra llene de terror á los pusilánimes espíritus que dudan de nuestro poder. Laberinto de la astucia, ábrete ante el Mesías; no hay hilo protector para aquel á quien mi mano lanza en tus revueltas sin salida. Aun cuando para salvar á Jesus, le hubiera Jehová prestado su presciencia, las llamas del abismo nos vengarian de él. ¡Tiembra, tierra maldita! Nosotros vamos á llevarte la muerte y el infierno.»

Ahullan de alegría los habitantes de la region de las torturas; el movimiento frenético de sus pies hace temblar el suelo, y el eco de aquellas cavernas repite el grito unánime que pide la muerte del Mesías. Estremecióse el cuadrante de la eternidad, y por la primera vez despues que Dios pobló el espacio infinito, su aguja se detuvo para seña-

lar el instante en que el espíritu de las tinieblas osó concebir tan negro crimen.

Satan y Adramelec bajan del trono, y bajo sus plantas crujen los escalones como los fundamentos de un mundo que se desquicia. Los bramidos de la muchedumbre maldita acompañan á los dos príncipes hasta las puertas del abismo.

Abbadona los ha seguido de lejos, esperando aun que renunciarán á su inicua empresa ó que un precipicio espantoso se los tragará á entrambos. Llegando al pórtico percibe á los dos Angeles que le guardan y ¡Oh desdichado Abdiel-Abbadona! cual es tu desesperacion al reconocer en uno de ellos al mismo Abdiel que fué tu amigo y hermano, la mitad de tí mismo... Baja los ojos, suspira, quiere retroceder y á su pesar se adelanta; una sola idea es la que distintamente concibe, la de buscar en lo infinito un asilo donde pueda llorar solo, y llorar siempre. Su corazon palpita con violencia; bañan su rostro lágrimas que solos los Angeles que padecen pueden derramar; y su pecho está henchido de sollozos mas amargos que el último suspiro de un moribundo.

Abdiel, apartando la vista del triste Abbadona, la vuelve hácia el cielo.

« Abdiel, hermano mio, suspira el Angel caido, te has apartado, pues, de mí para siempre. ¡Oh sí! mi castigo es eterno. Llorad, ¡ah! llorad por mí,

sublimes hijos de la luz: para siempre ha dejado de amarme aquel que fué la mitad de mi alma. Embalsamadas florestas que nos prestabais vuestra sombra durante nuestros dulces coloquios, no florezcais mas; cesad de correr celestiales arroyos que mezclabais vuestros murmullos á nuestros cantos de felicidad. Abdiel no existe para su desdichado hermano. Llorad conmigo, eterna noche; abismos tenebrosos, repita el eco de vuestras montañas, que Abdiel no existe para su desdichado hermano. »

La tierna queja que no ha osado decir al Serafin puro y sin mancha la exhala en el espacio inmenso que ante él se desarrolla. El rayo brillador y rápido le asusta; el suave resplandor de los astros que se mecen en sus lechos de azur y oro, le deslumbra; porque el dolor se habia reducido en las mas oscuras soledades del infierno, y hacia muchos siglos que no contemplaba el espectáculo del universo que en aquel momento le llena de una admiracion mezclada de terror.

« Os vuelvo, pues, á ver una vez aun (esclama), orbes innumerables, bienaventurados hijos de nuestro comun Criador. ¿Por qué no me es dado lanzarme á vuestras esferas, para no volver nunca á los abismos del tormento? ¡O Sol, luminar eterno del empireo! y vosotras estrellas, maravillosos diamantes de la naturaleza, hablad: ¿no he sido yo mas brillante que lo erais vosotros cuando la

mano del Eterno os suspendió en el espacio? Y ahora, vedme negro y deforme.... Cielos, vuestro aspecto me llena de espanto. ¡Yo os habitaba cuando me rebelé contra Dios! Tranquilidad de la inocencia, mi cara compañera en los valles de paz y felicidad, ¿á donde estás ahora? Mi juez te ha reemplazado en mi alma con el terror y la desesperación; y apenas me permite contemplar las maravillas de la creación. Si pudiera al menos prosternarme ante mi ofendido dueño, ¡á quien ni mi pensamiento se atreve á dar ya el dulce nombre de padre!... Juez eterno y terrible ¿no puede el reprobo suplicarte que echés sobre él una mirada? ¿Está para siempre desterrada la esperanza de los abismos donde gimo? ¡Ah, si á lo menos pudiera yo dejar de ser! ¡Maldito sea aquel día brillante en que los serafines saludaron á sus recién nacidos hermanos! ¿para que lo sacaste de la nada á aquel solemne día, ó eternidad? ¡Y si era indispensable que *fuera* para completar los eslabones de tu cadena, porqué no lo hiciste melancólico y sombrío como la noche eterna que pasa y vuelve á pasar vacía de criaturas, precedida por la tempestad y la muerte, seguida de la cólera y la maldición de Dios!... Mas, calla, blasfemo, calla... ¡Te rebelas por segunda vez contra el soberano de la creación! Desquiciaos soles y estrellas, hundidme bajo vuestros fragmentos, ocultadme á las miradas del juez

que me aterra. Y sin embargo me atrevo á interrogarte, ó inexorable, habla: ¿será cierto que en tu eternidad no le hayas dado un lugar á la esperanza? ¿Será cierto que hayas de ser sordo á los clamores del arrepentimiento, tú, padre de todos, tú, principio de amor y de misericordia? ¿Qué es lo que he dicho? He llamado á Jehová con nombres que un pecador no debe darle... Ya su rayo me amenaza... ¡Huyamos! ¿Pero á donde? ¿Cómo?... ¡Qué importa! Huyamos. »

Dijo, y penetrando su mirada en el abismo del vacío, suplicó al Dios vengador que encendiese un fuego que consume á los espíritus inmortales; pero suplicó en vano, ni una sola chispa iluminó las tinieblas. Apartándose entonces de ellas con horror, se arrojó en medio de las inmensas curvas en que se mueven los innumerables globos, y descendiendo sobre un sol, contempla á las estrellas que se acumulan, chocan unas con otras, y se agitan como las inflamadas olas de un mar de fuego.

Un orbe errante y sombrío camina en el espacio sin determinado rumbo; enciéndose, chispea, y estalla. Abbadona se arroja á sus ardientes fragmentos esperando hallar la muerte en ellos: pero la muerte le rechaza, y el desdichado va á caer en un profundo barranco del monte de los Olivos. Así una montaña formada en un campo de batalla con los emblanquecidos huesos de los guerreros

que en él se han destrozado, se hunde en las entrañas de la tierra que el volcan entreabre.

Tambien Satan y Adramelec se aproximan á la tierra: en aquel momento Adramelec es el primero que la divisa en la azulada lontananza, y su vista le arranca á los negros pensamientos que se hacian en su alma, como en otro tiempo oprimieron al globo terraqueo las olas del océano cuando separaron los tres antiguos mundos de las inmensas playas de la lejana América.

« Hela ahí, se dice á sí mismo Adramelec, hela ahí esa tierra sobre la cual reinaré, así que haya alejado á Satan y vencido al Mesías que le huela de espanto. ¿Y porqué no he de reinar mas que sobre ese globo? ¿Porqué he de perdonar á esos millares de orbes que no hace sino demasiados años que gozan de una paz inalterable? No: camine la muerte, en fin, de estrella en estrella; y conviértase la naturaleza entera en la tumba de sus hijos. Solo y triunfante me sentaré sobre esa inmensa tumba; medirán mis ojos su profundidad; brillará en mi rostro la indecible sonrisa de la venganza satisfecha; y mis manos esparcirán en la inmensidad del vacío las cenizas de los muertos y de los orbes. Si place á Jehová construir de nuevo esos orbes y poblarlos de nuevas criaturas, de nuevo volveré yo tambien á sembrar de mundo en mundo el pecado, la muerte, y la perdicion eter-

na.—Todo eso puedes, Adramelec; ¡y si consigieras en fin inventar una muerte para los inmortales, una muerte para Satan!... ¡Poderoso Espíritu que animas á Adramelec, te maldigo si no alcanzas medio para esterminar á Satan! sí; es preciso que Satan deje de existir, que vuelva á la nada aun cuando muera yo con él, que mas vale no ser, que dividir con otro el poder supremo. ¡Reunios, pensamientos míos, deliberad como los dioses cuando celebran consejo, y, hallad el medio para aniquilar á un espíritu! ¡Ha llegado en fin el tiempo de ejecutar lo que desde el principio de la eternidad medito! Si Satan no se engaña ha salido Dios de su letargo; acaba de enviar un mediador para arrancarnos el imperio que sobre los hombres hemos adquirido... No, no se engaña Satan: Jesus es el mayor profeta que ha habido desde Adan acá: es el Mesías. ¡Norabuena, venciéndole seré mas digno de reinar solo sobre todos los espíritus infernales! ¡A tí, Satan, te basta matar el cuerpo mortal del hombre Dios, antes de borrarte de la creacion, yo te procuraré ese debil triunfo, y mientras que penosamente arrojes al viento las cenizas de su cuerpo, yo mataré su alma! »

Así atormentado por gigantescos deseos, su pensamiento se pierde en negros proyectos. Dios que lee en el porvenir, le oye y guarda silencio.

Sombrío y distraido, hase detenido Adramelec

sobre una nube que la noche sostiene, y desde ella escucha inmóvil y erizándole el pavor la cabellera, el crujir de la tierra que en su nocturno movimiento arroja delante de sí á las tinieblas. Aquel rumor le hace volver en sí; vuélvese hácia Satan y juntos los dos se lanzan, vuelan, se precipitan sobre el monte de los Olivos, en busca del Mesías y de sus discípulos. De la misma manera hacen rodar pérfidos enemigos sus carros armados de afiladas cuchillas, en el valle donde los nobles guerreros esperaban tranquilos la señal del combate.



CANTO TERCERO.

ARGUMENTO. — Permanece el Mesías entre los sepulcros: aumentanse en su alma los padecimientos de la redencion, y baja Eloha de los cielos para contar sus lágrimas. — Los Patriarcas envían á uno de los serafines del sol á que vea á Jesus en el monte Olivete. — Allí encuentra el mensajero á los Angeles custodios de los Apóstoles, quienes le describen los caracteres de los elegidos del Señor. — Alucina Satan á Judas Iscariote con un ensueño que le confirma en sus criminales proyectos. — Despierta Jesus, que se habia dormido, y habla con sus discípulos. — Judas se mantiene espantado de ellos y acaba por alejarse enteramente. — Síguele Satan y continua induciéndole al crimen.



¡ Yo te saludo, tierra, donde he abierto los ojos á la luz, y que en fin vuelvo á contemplar ! Bendito